

La infancia a destiempo

Juan Pablo Álvarez C.¹

Universidad de Valparaíso
CIFICH - Universidad de Chile
jpalvarez@u.uchile.cl

Resumen

Este texto tiene forma y pretensión de un ejercicio. No podría ser de otra manera si lo que se dice en él apuesta más por tener sentido que por tener razón. Básicamente se propone desarrollar un par de ideas en torno a tres ejes: filosofía, infancia y tiempo. La infancia, desde la *provocación* que viene a instalar la perspectiva llamada Filosofía con niñas y niños en la escena educativa, no es equivalente a la “niñez” designada por el “*niñas y niños*”; no lo es, pues la infancia es un modo intensivo de relacionarse con la experiencia, y el “*niños y niñas*” es uno de los modos de nombrar la infancia. Probablemente la idea de fondo es que no hay dos infancias sino muchas, tantas que incluso hacen irreconocible una en particular (haciéndonos creer, a los adultos, que ninguna existe), todas se copertenecen y se ponen en tensión. Frente a la voz adulta se escurren, se esconden. La infancia parece no ser amiga del interés por ella. Aparece cuando no se le está prestando atención, cuando se la deja ser. Algo similar parece ocurrirle a la temporalidad que dichas infancias habitan.

¹ Doctor © en Filosofía Moral y Política, Becario CONICYT, Magíster en Filosofía. Coordinador de la Comunidad de Indagación en Filosofía e Infancia en Chile, CIFICH, de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Profesor en la Universidad de Valparaíso y en la Universidad Tecnológica Metropolitana.

Ampliar los conceptos

Nuestra imagen de la infancia es una proyección de lo mejor y de lo peor de lo que somos. Por eso, repensar radicalmente la infancia es, también, repensarnos a nosotros mismos.

Jorge Larrosa

“Todo decir es deficiente, dice siempre menos de lo que quisiera y todo decir es exuberante, da a entender más de lo que se propone”. Con estos dos postulados comienza José Ortega y Gasset (1983) su *Axiomática para una nueva filología*. Y así también, con ese respaldo axiomático que nos alienta a decir y nombrar elásticamente las cosas, queremos ahondar en la cuestión del tiempo de la infancia, en si a través de ese término solamente podemos señalar una temporalidad cronológicamente finita o si podemos decir que ella, en tanto experiencia, también ocurre fuera del tiempo, o más precisamente, que a ella no le corresponde ningún tiempo específico, asumiendo la forma de una relación frente a la experiencia, asumiendo la forma de una potencia, de una apertura, de una intensidad.

Ampliar los conceptos o habitar nuevos modos de nombrar las cosas no es una travesía inédita en filosofía, muy por el contrario, podríamos decir que nada, ni siquiera “el tiempo”, se ha librado de estos avatares. Muchos ya han explorado las tensiones entre dos formas de concebir el tiempo, entre dos representaciones míticas, *Chronos* y *Aión*, tensiones que acompañaron la propia infancia de la filosofía, sus primeros diez siglos en Grecia, desde los presocráticos hasta los neoplatónicos, desde Anaximandro hasta Plotino, pero creemos que vale la pena volver a repasar sobre aquellas formas del lenguaje donde las palabras nos complejizan su comprensión y, mientras que son pronunciadas, parecen decir más de lo que quisieran y a la vez decir menos de lo que pretenden.

Las palabras son originalmente metáforas que al hacerse tan útiles para la vida social se nos ha ido olvidando lo que eran en un principio. En esa idea podemos resumir los tres momentos explicativos de la concepción nietzscheana del lenguaje. Por un lado, la fuerza figurativa constituye para él la *génesis del lenguaje*, la utilidad social viene a instalar la perpetuación de la palabra unívoca y finalmente, el olvido de

la génesis, es decir, el olvido de la metafóricidad, viene a instalar, como consecuencia, la lógica de la verdad. Cuando el ser humano se olvida de que las palabras son metáforas en su origen y su función es figurativa, instituye y fija un poder, instala un significado estático, inmutable y útil.

Una de las obras teóricas que más influencia produjo en Nietzsche para elaborar su pensamiento en relación al lenguaje es la obra de Gustav Gerber del año 1871, titulada *Die Sprache als Kunst (El lenguaje como arte)*, en ella, Gerber muestra su interés por un lenguaje vivo, sin las abstracciones que la lingüística deposita en las sintaxis y en los diccionarios, buscando una descripción dinámica y vital del lenguaje. Nietzsche habría tomado estas ideas de Gerber y las habría complementado con la teoría del significado del mismo autor, donde éste propone que las palabras sólo tienen un *significado* determinado dentro de la proposición, ya que la proposición es la unidad mínima de significado. Dicho de otro modo, hablar del significado de las palabras fuera de las proposiciones sería algo impropio, desmedido. Así entonces “el significado de una palabra es indeterminado mientras no esté funcionando en una proposición. Y por tanto el significado de las palabras se ha de buscar en sus conexiones y relaciones posibles con otras palabras en las proposiciones” (Conill, J., 1997).

La infancia en dos tiempos

Hablar de infancia entonces, dentro de esta lectura que es convocada por la filosofía y la infancia, nos lleva a buscar su significado y su sentido al interior de nuevas relaciones posibles, en un *más allá* de lo que ya sabemos de la infancia, como un ejercicio de rebasamiento de los significados ya instituidos. En un *más allá* pues si recordamos la distinción estoica con que Gilles Deleuze hace diferenciar en el mundo a dos tipos de elementos, tendremos por un lado los cuerpos y sus diversos estados, y por otro lado los incorpóreos, es decir, los acontecimientos. Con estos últimos tiene que ver nuestra reflexión en torno a infancia.

Como Maximiliano López en su libro *Filosofía con niños y jóvenes* (2008a) sostiene:

El único tiempo de las cosas y de los estados de cosas es el presente. Sólo las cosas existen en el presente y en el espacio. Los acontecimen-

tos, que no son cosas sino incorpóreas, no existen, sino que insisten en los cuerpos. Se efectúan en las cosas pero no les pertenecen y a ellos corresponde una temporalidad distinta que no es el presente sino el devenir. (p.60)

Podemos detenernos entonces en las dos temporalidades mencionadas al inicio, primero en *Chronos*, que corresponde a las cosas y los cuerpos y donde lo único que existe es el presente, pues tanto el pasado como el futuro no harían más que conformar un presente mayor que constituye, finalmente, el presente actual del Cosmos. Amanda Núñez (2007) lo recuerda utilizando una de las imágenes más populares de esta divinidad, el cuadro “*Saturno devorando a un hijo*” pintado por Francisco de Goya, donde es el propio *Chronos* (*Saturno* en la mitología romana) quien para evitar que uno de sus hijos se subleva en contra suyo, como se lo habían augurado, devora a toda su descendencia y así logra conservar el poder. *Chronos*, de esta manera, se muestra como un dios que necesita engullir, consumir y matar a todo lo otro para que permanezca su poder. El dios que mata para conservar su eternidad a costa de todo lo finito. Así pues la infancia, vista cronológicamente, exige también devorar la lactancia para que le prosiga la adolescencia y así una serie de estadios que, progresivamente, constituyen un proceso ordenado, lineal y consecutivo del ciclo vital.

El dios *Aión*, por el contrario, no es un dios que haya sido originado, “no nace, siempre está y no tiene que sublevarse contra nada, y no tiene que engullirse nada para ser eterno” (Núñez, 2007). *Aión* representa la temporalidad donde el presente es reducido a un instante sin extensión, donde el presente no dura sino que apenas pasa, porque el pasado y futuro dividen el instante hasta el infinito. Es el tiempo en el cual el conejo le afirma a Alicia, en *el País de Las Maravillas*, que “a veces el <para siempre> dura sólo un segundo”. Es el mismo tiempo que habitamos en el aburrimiento cuando sentimos que el tiempo no avanza, o en el goce intenso, donde el tiempo pareciera avanzar muy rápido. Es el tiempo de la vida, y a veces se le representa sosteniendo el Zodiaco por donde circulan las estaciones, como queriendo decirnos que aunque haya muerte en el invierno de *Chronos*, con la primavera todo vuelve a renacer. *Aión* es el tiempo del viejo y el niño a la vez, dios del pasado, de la vejez, de la eterna juventud, del futuro. Un futuro y un pasado liberados de la tiranía del presente de *Chronos* (Núñez, 2007).

Esta temporalidad aiónica de la afirmación nos va abriendo caminos para nombrar la infancia tal como Nietzsche y Ortega y Gasset nos

lo previnieron al comienzo, es decir, de un modo metafórico, elástico, cambiante, que sería el más originario de los modos de decir, y aunque a la vez (y por lo mismo) pueda estar sujeto a los pecados aristotélicos de un decir no virtuoso, esto es, que incurra en defecto o en exceso, que diga demasiado o diga muy poco.

Si volvemos a la clase de elementos que llamábamos acontecimientos, como veíamos en palabras de López (2008a), “estos no existen en el tiempo cronológico sino que insisten en un tiempo intensivo, ellos nacen y mueren constantemente, sólo existen en cuanto devenir que, a diferencia del presente cronológico, es pura intensidad” (p.61). Los acontecimientos suscitan una experiencia temporal que no es el tiempo de la duración cronológica, no es el transcurrir, el desplazar, propio de los cuerpos y las cosas finitas, sino que es el tiempo de la intensidad de un deseo, el tiempo-pasión, el de la energía que se pone en aquellas cosas que valen por sí mismas, de aquellas cosas que solamente son y pueden ser mientras se experimentan, mientras se hacen, mientras se cuidan. En ese bello trabajo que venimos utilizando de Núñez (2007), se nos dice esta misma distinción de la siguiente manera:

Cronos es el tiempo del movimiento, del trabajo, de lo que Aristóteles llama las acciones imperfectas que tienen su fin desgarrado fuera de ellas, adelgazar, construir una casa... Estas acciones se caracterizan por ser inservibles cuando se llega a la meta requerida. Cuando se llega, muere el movimiento porque no valía por sí mismo: al acabar la casa, no se sigue construyendo, al adelgazar, no se sigue adelgazando. Aión, por el contrario, como éxtasis que sobrevuela los movimientos, como acción perfecta, tiene el fin en sí mismo: veo y continuo viendo, amo y continuo amando. Acción sin muerte aunque todos muramos, porque el amor y el ver no dependen de nosotros, sino más bien nosotros de ellos.

Filosofía e infancia

Ahora bien, si nos preguntáramos por cuál es el movimiento, el sentido que guía y acompaña la práctica filosófica con niños y niñas en nuestras propias experiencias, ¿cuál sería nuestra respuesta?, ¿acaso nuestro movimiento muere al alcanzar un resultado esperable por la expectativa del profesor, por la expectativa de la institución, por una “buena” respuesta?

Tanto la práctica de filosofía con niños y niñas como la pedagogía en general se desarrolla a través de estos dos ejes que hemos venido presentando: uno cronológico que va del pasado al futuro, transmitiendo, acumulando y olvidando saberes y palabras, y uno intensivo, en donde el sentido va siendo establecido en cada oportunidad por primera vez. Porque las palabras son fonéticamente las mismas, pero el sentido de lo que dicen nace y muere con quien la pronuncia, lee, escribe o escucha. “Los sentidos acontecen en las palabras, insisten en ellas, pero no les pertenecen (...) Las palabras están en el eje cronológico, y lo que ellas significan, en el eje intensivo” (López, p.61).

Cuando la filosofía se relaciona con la infancia, el vínculo que se establece no es tanto con una cronología sino con una intensidad. Pues la cronología culminaría una vez realizada la actividad, como si hacer filosofía fuera idéntico a construir una casa o adelgazar. Como si la filosofía fuera un producto ya creado que, con posterioridad, se debe entregar a la infancia y no un experiencia que la propia infancia debe recrear.

La infancia, desde la provocación que viene a instalar eso que llamamos *Filosofía con niños y niñas* en la escena educativa, no es equivalente a la “niñez” designada por el “*niños y niñas*”, pues la infancia es un modo de acontecer intensamente en relación con la experiencia, y el “*niños y niñas*” es uno de los modos de nombrar la infancia. Hay infancia sin niños y niños sin infancia, y con esto no me refiero al espacio propio de la niñez que según Philippe Ariès (1987) se instalaría recién a partir del siglo XVII en la historia de la cultura -ya que antes de ese período los niños habrían sido tratados como adultos en miniatura-, sino al supuesto de que no es exclusiva ni excluyente aquella coherencia entre una edad y un modo de relacionarse intensamente con la vida.

Podríamos preguntarnos, por ejemplo, ¿cuál es la infancia ausente en aquel niño o aquella niña a quienes les decimos que se han convertido en un “viejo chico” o una “vieja chica”? Cuando decimos “viejo chico” o “vieja chica”, estamos intentando rastrear no una cronología sino una intensidad aparentemente ausente, que se contrapone con la cronología que estamos constatando físicamente. Sabemos que tienen edades de niños, sin duda, pero rastreamos una actitud, que suponemos *debería estar aconteciendo* en ellos, un algo, una intensidad, una disposición, un modo de relación con el entorno, algo que insiste en la cronología corpórea de ambos, pero que no es la cronología misma. El

“viejo chico” parece haber perdido lo mismo que la “vieja chica”: plasticidad frente a la experiencia, un espíritu lúdico, alegre, travieso, capacidad de asombrarse, de preguntar sin cálculos, de gozar intensamente de las cosas, de olvidarse del tiempo, de arriesgar el pensamiento, etc. Ahora bien, si nos detenemos un poco y somos sinceros, parece que se trata de las mismas pérdidas que a los adultos nos van transformando en sujetos avejentados. Todo esto que los “viejos chicos” parecen haber perdido es lo que, para mí, constituye las condiciones de posibilidad para vincular la filosofía con la infancia, para hacer filosofía con niños, niñas, jóvenes y adultos, pues “*los niños y niñas*” son una cronología que puede faltar, pero es la “infancia” el acontecimiento que no puede estar ausente. Ahora bien, esa serie de condiciones de posibilidad remiten a mi propia experiencia y no pretenden encerrar una definición estática de infancia.

Si volvemos al uso cotidiano, vulgar, de nuestras palabras, no hay duda que la utilización del término “infancia” hace alusión directa a los niños y niñas y no a los adultos, pero la “infancia como acontecimiento” está fuera del tiempo sucesivo, y refleja una disposición y a la vez una desatención y un descuido frente a lo instituido. Quizás por tener una etimología que la priva del lenguaje validado adultocéntricamente, la infancia finalmente alcance su más plena expresión cuando emerge su voz como desobediencia frente a lo instituido, como si lo único suyo, lo único propio, fuera desobedecer lo que le ha sido impuesto.

Entre los instituido y lo instituyente

Tal como sostiene Castoriadis (2007), podemos distinguir que la cultura y su desarrollo se mueve sobre dos planos distintos, el de lo instituido y el de lo instituyente. Corresponde al primero el plano de la institucionalización del saber, es decir, la conservación y transmisión de lo ya pensado a través de las tradiciones disciplinares, y corresponde al segundo, el plano de la creación, esto es, de la creación de conceptos y la problematización de la experiencia. Si bien la filosofía puede haber tenido siempre la inquietud por esto último, la forma y los modos en que usualmente transmite sus saberes hacen que se mueva más bien en el plano disciplinar de lo instituido, del traspaso, de la acumulación de palabras; palabras que olvidan la figuratividad del lenguaje de que nos hablaba Nietzsche, saberes rígidos y en ocasiones arrogantes, incapaces de reconocer que su decir es impreciso, a veces deficiente, a veces

exuberante.

Pues bien, la filosofía con niños y niñas no tiene nada que ver con enseñar historia de la filosofía, sino con hacer de la filosofía una experiencia de carácter abismal, vertiginosa, donde el pensamiento se concibe a sí mismo en permanente apertura hacia lo indeterminado, de cara a lo que no sabemos y donde se introduce además la temporalidad aiónica que exige comprender el sentido como acontecimiento.

Los cuerpos, las palabras, los saberes vienen a constituir el elemento material de la cultura, pero el pensamiento y el sentido que irrumpe en ellos corresponde a la dimensión inmaterial. “Saber y pensar no pertenecen al mismo registro. El saber es acumulativo, corporal (...) en tanto que el pensar es incorporeal, intempestivo, puro acontecimiento que sólo existe como efecto y deja de existir en cuanto cesa de producirse.” (López, p.61)

La práctica filosófica vinculada a la infancia es una práctica que debiera moverse en el plano del pensar y no en el plano del saber, una práctica que siendo capaz de arriesgar su propia corporalidad y solidez se mira a sí misma y se piensa de otro modo, estableciendo nuevas conexiones que den lugar también a nuevas ideas, a nuevas palabras, utópicas muchas veces, sin lugar dentro del plano del saber instituido, pero que por su intensidad irrumpen con tal fuerza que ya no será posible seguir viviendo del modo que se vivía.

Vistas así las cosas, quizás la razón de que los adultos nos tomemos con tan baja consideración las ideas y opiniones de los niños y niñas es porque vivimos preocupados de temporalidades distintas y en la nuestra, al parecer, no estamos disponibles para dejarnos modificar la vida.

La infancia se inicia desde uno, las dos infancias si se quiere, la cronológica e involuntaria que comienza cuando nacemos y la que comienza cuando vamos despojándonos de palabras duras y de saberes intocables e instituidos. Esa infancia es la más interesante, porque es un ejercicio ético y político de autoafirmación, un ejercicio al cual podemos nacer en cualquier momento.

Literalmente el término *infantia* designaba a los sujetos que estaban intentando decir lo que otros ya decían, es decir, acceder a la validez de un registro ya creado. Ahora pues, figurativamente, la infancia de la filosofía con niños y niñas viene a designar lo contrario, un esfuerzo por explorar y manifestar la voz que es propia, dentro de la creación de

un registro que es a la vez tan inédito como personalmente asumido y comunitariamente gestado.

La infancia, como sostiene Walter Kohan (2004a), no es el blanco de la educación, sino su disparadora, su potenciadora. La infancia educa, en primer lugar, a la filosofía, la invita a pensarse de un modo instituyente, la invita a mirar su propia infancia vertiginosa y balbuceante, reformulando sus saberes por un pensamiento no-dogmático, no-totalizador y no-totalitario, que no excluye otras formas de pensamiento como el arte, la música, el teatro o la literatura, sino que las acoge y afirma, precisamente, por no tener pretensión de totalidad, por haber renunciado a los saberes intocables que celosamente se atribuyen la tutoría del reflexionar.

Por último, reiterar que no es la existencia de un cronos-infantil lo que nos interesaba pensar, sino más bien ofrecer un recorrido donde nuestra inquietud por la infancia, es decir, la relación que establecemos con el concepto, sugiriera una experiencia anacrónica, un desajuste, una apertura, un quizás.

En fin, si no se ha logrado en nada el propósito, tal vez tendríamos que ir modificando nuestra propia y bien intencionada “*Axiomática infantil*” incluyendo las siguientes frases: “todo decir, a veces, no dice mucho” y “todo decir, otras veces, no dice nada”.

Referencias

- AGAMBEN, Giorgio (2007), *Infancia e historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora
- ARIÈS, Philippe (1987), *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Editorial Taurus
- BUSTELO, Eduardo (2011), *El recreo de la infancia. Argumentos para otro comienzo*, Buenos Aires, Siglo XXI editores
- CARROL, Lewis (2004) *Alicia en el país de las maravillas*, Madrid, Editorial Alianza
- CASTORIADIS, Cornelius (2007), *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets Editores
- CONILL, Jesús (1997) *El poder de la mentira. Nietzsche y la política de la transvaloración*, Madrid, Editorial Tecnos

- DEMAUSE, Lloyd (1982) *Historia de la Infancia*, Madrid, Editorial Alianza
- DELEUZE, Gilles (1972) *Proust y los signos*, Barcelona, Editorial Anagrama
- DELEUZE, Gilles (2005) *Lógica del sentido*, Barcelona, Editorial Paidós
- FRIGERIO, Graciela (2008): *La división de las infancias. Ensayo sobre la enigmática pulsión antiarcontica*, Buenos Aires, Del Estante Editorial
- JOBIM E SOUZA, Solange (org.) (2000) *Subjetividade em questão: a infância como crítica da cultura*, Rio de Janeiro, 7Letras
- KOHAN, Walter (2004a) *Infancia. Entre educación y filosofía*, Barcelona, Editorial Laertes
- KOHAN, Walter (org.) (2004b), *Lugares da infância: filosofia*, Rio de Janeiro, DP&A
- KOHAN, Walter (2007) *Infancia, Política y Pensamiento*, Buenos Aires, Del Estante Editorial
- LÓPEZ, Maximiliano (2008a) *Filosofía con niños y jóvenes. La comunidad de indagación a partir de los conceptos de acontecimiento y experiencia trágica*, Buenos Aires, Editorial Noveduc
- LÓPEZ, Maximiliano (2008b) *Acontecimento e experiência no trabalho filosófico com crianças*, Bello Horizonte, Autêntica Editora
- ORTEGA Y GASSET, José (1983) Comentario al Banquete de Platón, *En Obras completas V.9*, Madrid, Alianza Editorial
- ZOURABICHVILI, François (2004) *Deleuze: una filosofía del acontecimiento*, Buenos Aires, Editorial Amorrortu

Referencias en Internet

- NÚÑEZ, Amanda (2007) Los pliegues del tiempo: Kronos, Aión y Kairós. *Paperback no 4*. ISSN 1885-8007. [fecha de consulta: 30/05/13] <http://www.artediez.com/paperback/articulos/nunhez/tiempo.pdf>